T

EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

UN RAYO DE SOL,

EPISODIO CONYUGAL EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

RICARDO MOLY DE BAÑOS

Y

FRANCISCO TUSQUETS.

MADRID:
OFICINA, PEZ, 40, 2.º
1873.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. OBRAS

N.º de la procedencia
1646

UN RAYO DE SOL.

UN RAYO DE SOL,

EPISODIO CONYUGAL EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

FRANCISCO TUSQUETS

Y

RICARDO MOLY DE BAÑOS,

Estrenado
con brillante éxito en el teatro de Novedades de Barcelona,
á beneficio del primer actor
D. Leopoldo Buron, en la noche del 28 de julio de 1873.

MADRID: PEZ, 40, 2.º

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA.	D.ª TEODORA LAMADRID.
EL MARQUÉS.	D. ANTONIO VICO.
EL GENERAL.	D. LEOPOLDO BURON.

La accion en Madrid: 1873.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Galería dramática y lírica de DON ALONSO GULLON, son los esclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BARCELONA.—IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA.

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

A LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA TEODORA LAMADRID,

en testimonio de admiracion y gratitud.

Los autores.

ACTO ÚNICO.

Sala de confianza de la marquesa.—Chimenea con espejo y reloj.—Armario de espejo.—Velador con libros é ilustraciones.—Detalles de lujo y elegancia.

ESCENA I.

EL MARQUÉS. Entrando por el fondo.

MARQUÉS. ¡No hay nadie!... Mas olvidaba que esta es la hora en que mi querida esposa acostumbra á dar unas vueltas por la Castellana.

Ayer la ví pasar... Estaba tan mona con su vestido gris, medio recostada en el fondo de su landó! ¡Indudablemente no pasea por Madrid otra más linda que mi mujer, ni hay carruaje más elegante que el suyo, ni vestido gris que mejor haga resaltar... Pero ¡bah! ¡bah! cualquiera diria que estoy enamorado de mi mujer. ¡Enamorado de mi mujer! ¡Puede haber frase más ridícula que esta! (Dá algunas vueltas por la habitacion.)

Dos años hace ya que no pongo los piés en este lado de mi casa. Mi mujer vive aquí en paz... y seguramente en gracia de Dios, miéntras yo ocupo el otro estremo, respi-

rando el aire puro de la libertad... ¡Calle! ¡calle! voy viendo qne no carezco de disposiciones para enjaretar discursos patrióticos. (Mirando el reloj que hay sobre la chimenea).

Pues, señor, son las cuatro y mi mujer sigue paseando... Y á todo esto, mi viejo mayordomo, mi cómplice..... sin traerme el brazalete... El brazalete mas lindo que se ha construido en Madrid. ¡Oh! esta vez Marzo se ha escedido á sí mismo. Cuando Rosaura lo vea, vá á estar tan contenta y me quedará tan agradecida,... que de seguro me pedirá que le regale otro parecido.

¡Ah! si conociesen Vds. á Rosaura, la rubia mas encantadora que ha pisado las tablas del Real! Con unos ojos así, (indicándolo con los dedos.) unos piés así, (idem.) y unas ...(id.) Además tiene la ventaja de que no es mi mujer, y de que me cuesta... pero dejemos á un lado lo que me cuesta. (Se sienta.)

Reconozco esta butaca. En ella saboreaba yo mi taza de café y mi copita de curazao, mientras mi mujer, sentada en esa de enfrente se entretenia en bordarme zapatillas. Tambien me acuerdo de que mas de cuatro veces llevé mi galantería hasta el punto de quedarme dormido despues de media hora de conversacion, lo cual la ponia furiosa.

¡Por aquí corria jugueteando mi pobre Javierita, tan linda, tan cariñosa á pesar de sus pocos años!... ¡La verdad es que se parecia á su madre como una gota de agua á otra gota! ¡Pobre angelito mio! (Queda un momento pensativo y triste). ¡Oh! ¡no recordemos lo que es tan triste de recordar! (Tratando de distraerse, coje un libro que habrá sobre la mesa).

Julio Verne. (Leyendo la portada). ¡Hola! ¡hola! parece que mi mujer se dedica á la parte amena de las ciencias. Mientras ella atraviesa en carretela las calles de Madrid, yo, sentado en mi antigua butaca recorreré el espacio que separa á la tierra de la luna. (Se recuesta cómodamente en la butaca y empieza á leer).

ESCENA II.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA. (Traje de calle).

MARQUESA. ¡Ah! (sorprendida al verle).

MARQUÉS. ¿Le sorprende á V. que me haya atrevido á penetrar en su santuario?

MARQUESA. Me sorprenderá hasta que conozca la causa que sin duda debe ser muy poderosa.

MARQUÉS. ¡Poderosa! Sí, efectivamente. Una carta que he recibido de su tio de V., el general, y que complica álgo nuestra situacion.

MARQUÉSA. ¿Cómo? ¿Va á llegar tal vez? ¡Querido tio del alma!

MARQUÉS. Sí, pero es el caso que su querido tio del alma trata, naturalmente, de venir á instalarse con nosotros, que se figura encontrarnos como nos dejó... y...

MARQUESA. ¡Ah! ¡lo comprendo!... ¿Y mi tio debe llegar pronto?

MARQUÉS. Esta tarde misma, en el tren de las cinco.

MARQUESA. Pues entonces... (momento de silencio).

MARQUÉS. Estamos solos: la chimenea y esas dos butacas convidan á la reflexion; con que, si le parece á V., sentémonos y reflexionemos.

MARQUESA. Sentémonos y reflexionemos. (Se sientan).

MARQUÉS. Supongo que no habrá V. olvidado, marquesa, todas las peripecias que precedieron á nuestra situacion actual.

MARQUESA. Efectivamente, no las he olvidado, pero creo preferible que no hablemos de ellas.

MARQUÉS. Al contrario, yo opino que debemos dirigir una mirada hácia el pasado, á fin de que cada uno se lleve su parte de culpa.

MARQUESA. ¡Ah! ¡Con que la culpa tiene que dividirse en dos partes!

MARQUÉS. Hace dos años poco mas ó menos. Era una tarde hermosa y fria como la de hoy, acabábamos de llegar de nuestro paseo donde habia V. llamado la atencion de toda la sociedad elegante de Madrid, y nos recostábamos muellemente en estas dos butacas, como ahora, ni más ni ménos. V. estaba en esa misma posicion, calentando sus piececitos que se destacaban casi imperceptibles sobre el cerco de bronce de la chimenea...

MARQUESA. Suprimamos esos detalles, si le parece á V. bien.

MARQUÉS. Cuando de pronto...

MARQUESA. Sí, de pronto, ví asomar en uno de los bolsillos interiores de su levita de V., un papel sospechoso; V. estaba soñoliento, yo me acerqué despacio...

MARQUÉS. Y sin pedirme permiso cogió V. el papel y se atrevió V. á leerlo.

MARQUESA. Sí, señor, me atreví á leerlo.

MARQUÉS. Y era...

MARQUESA. Y era una carta apasionadísima de esa pobre condesa de Ecija; una mujer muy conocida por sus liviandades, su pelo rojo y sus ojos verdes.

MARQUÉS. Suprimamos esos detalles, si le parece á V. bien.

MARQUESA. Entonces yo, naturalmente, me puse furiosa.

MARQUÉS. Sí, señora, se puso V. furiosa.

MARQUESA. Y me dió un grave ataque, que por poco me cuesta la vida.

MARQUÉS. Recuerdo lo del ataque.

MARQUESA. Pero despues V. pareció arrepentido, y me juró eterna fidelidad.

MARQUÉS. Y V. me perdonó.

MARQUESA. Efectivamente, hice ese disparate. Pero tres semanas despues...

MARQUÉS. Permítame V. que rectifique los hechos; habia pasado cerca de un mes y medio.

MARQUESA. Pues bien, un mes y medio despues, estaba V. otra vez sentado en esa misma butaca y otra vez tuvo V. el mal gusto de dormirse.

MARQUÉS. Y cierta pícara carta cometió la imprudencia de asomar la punta de la nariz por el mismo bolsillo interior de la propia levita.

MARQUESA. Y otra vez yo tuve el atrevimiento de quitársela á V. y leerla.

MARQUÉS. Pero no era ninguna carta apasionadísima de ninguna condesa.

MARQUESA. No, eran simplemente..... algunas líneas escritas en italiano, en que se le daba á V. una cita y que descubrian á cierta contralto á quien el público silbaba todas las noches en el Real.

.....Pero decia V., hace un momento, que era preciso dar á cada uno su parte de culpa. ¿Me podria V. esplicar ahora cuál es la que me toca á mí?

MARQUÉS. Sí, Carlota, sí, le toca á V. una parte de ella, porque se ofendió V. por lo que no era más que un devaneo, porque consideró V. como un crímen lo que no pasaba de ser una falta.

¡Ah! cuando un hombre tiene la fortuna de poseer á una mujer bella, juiciosa é inteligente, á una mujer adorable, en fin, puede

V. estar segura de que los caprichos de ese hombre no serán ni profundos ni largos, y de que en las luchas que se libren en su corazon, si llegan á librarse, saldrá siempre triunfante la mujer honrada, la mujer propia.

MARQUESA. Y la mujer honrada, la mujer propia que se vé abandonada, que mira correr su vida hora tras hora y dia tras dia, con un marido que no trata de halagar su presente, sin hijos que embellezcan su porvenir, tiene sin embargo el deber de seguir queriendo al que no la quiere, de respetar al que no la respeta, y si mañana se atraviesa en su camino un hombre digno que le jure todo el amor que aquel le niega, que le prometa toda la estimacion que aquel no le concede, deberá morir ántes que faltar, porque si desesperada se arrojase en brazos de ese hombre, entonces el marido liviano se convertiria en juez severo y el mundo seria tal vez mas inexorable que el marido... ¡Oh! ¡confiese V. que todo eso es horrible, monstruoso, infame!

MARQUÉS. No, Carlota, no es horrible, no es monstruoso, no es infame. Si la Sociedad absuelve y condena con esa aparente injusticia, tiene para ello razones poderosas. (Movimiento de la marquesa).

Sí, poderosas. ¡Ah! cuando el hombre desierta del hogar para ir en busca de un poco de distraccion ó de una sombra de placer, junto á esas mujeres á quienes todos codician y á quienes todos desprecian, ¿qué les dá en cambio?¿qué desperdicia á su lado? ¡Un puñado de oro quizás, tal vez un poco de inteligencia, pero nada, nada de sus sentimientos, nada de su alma! La mujer, al contrario,

por lo mismo que vale más que el hombre que es más noble y generosa, no concibe esas pequeñas faltas y si algun dia encuentra, ó cree encontrar, al ideal soñado, se entrega á él en cuerpo y alma. ¡Ah! el esposo libertino, al fin y al cabo, le roba poco, muy poco á la esposa; ésta á aquel ¡se lo roba todo!

MARQUESA. ¡Hermosas frases! ¡Cómodas teorías! Por mi parte solo puedo añadir á V. que si el hombre que comete esas... ligeras faltas me inspira alguna lástima y mucho desden, mayor desden y lástima me inspiran todavía las mujeres que tienen la debilidad de transigir con ellas.

...Pero ¡Dios mio! cuán lejos nos ha llevado esta discusion. Hace media hora que nos hemos sentado para decidir algo que nos saque de la situacion en que nos coloca la repentina llegada de mi tio, y nuestras reflexiones han divagado por donde menos podiamos esperar.

MARQUÉS. Pues bien, abordando la cuestion le diré á V. que tenemos dos medios para escojer; ó una esplicacion franca con su tio de V., ó fingir durante el tiempo que permanezca con nosotros.

MARQUESA. Opto por la esplicacion. (Despues de un momento de reflexion).

Deseaba que mi tio viviese tranquilo, sin sospechar la verdad de nuestro estado, pero puesto que Dios lo trae, que lo sepa todo.

MARQUÉS. Sin embargo, Carlota, considere V. que su tio fué quien hizo nuestra boda. V. conoce su intransigencia con ciertas costumbres, su carácter irascible. Es viejo, está achacoso y. .

MARQUESA. Tiene V. razon.

MARQUÉS. Sobre todo, el sacrificio que le pido á V. no es grande. Su tio aborrece Madrid, por lo tanto, es probable que su permanencia entre nosotros sea corta. Todo se reduce, pues, á que durante diez ó doce dias, tenga V. el disgusto de tutearme, de comer á mi lado y de darme el brazo con alguna frecuencia.

MARQUESA. Procuraré representar esta comedia lo ménos mal posible para no envenenar los últimos dias de mi pobre tio.

MARQUÉS. Son más de las cinco. Afortunadamente la estacion del Norte no está lejos y hace ya rato que Juan ha enganchado y me está esperando. Pronto estaré aquí con el viajero. Hasta luego.

MARQUESA. Hasta luego.

MARQUÉS. No olvide V. lo pactado. ¡Durante algunas semanas, encadenados!

MARQUESA. ¡Encadenados!... ¡durante algunas semanas! (Váse el marqués).

ESCENA III.

LA MARQUESA.

¡Oh! ¡Hasta qué estremo ha cambiado todo...! todo ménos mi amor, que permanece fiel, pero oculto, como un amor criminal en el fondo de mi pecho; que vive sin ilusion y sin esperanza, ¡pobre flor sin aroma y sin colores! pobre vida mil veces más terrible que la misma muerte.

En verdad que hace bien en venir mi tio. ¡Ahora solo me queda su cariño! ¡su cariño que nunca cambiará! Mas ¡ay! que no podré tener con él ni el consuelo de la espansion, y sobre ser desgraciada, estaré tambien condenada á ser hipócrita.

¡Ah! con qué gusto me dará un abrazo y con qué gusto se lo daré yo tambien. Al hacerlo me parece siempre que estoy abrazando á mi padre, cuya venerable cabeza, tan parecida era á la suya.

Y ya no puede tardar. Preparémonos. Á ver qué cara tengo esta tarde ¡Ay! ¡las sonrisas, cuando no salen del alma, necesitan ensayo! (Mirándose al espejo).

ESCENA IV.

LA MARQUESA, EL GENERAL.

GENERAL. ¡Hola! ¿te estabas acicalando para recibirme?

MARQUESA. ¡Ah! ¡mi querido tio! (Se abrazan.)

GENERAL. ¡Carlota de mi alma! ¡Coquetilla! ¿olvidas que el mejor espejo en que te puedes mirar, es tu corazon?

MARQUESA. ¡Viene V. bueno y cariñoso como siempre!

GENERAL. ¿Y Javier? ¿dónde anda ese pícaro?

MARQUESA. Se han cruzado Vdes. sin duda, porque hace un momento salió para ir á recibir á V.

GENERAL. ¡Bravo! ¿entonces dentro de poco le tendremos de vuelta?

MARQUESA. Indudablemente.

GENERAL. ¿Y vosotros, por supuesto, como siempre tambien, tan buenos y tan felices?

MARQUESA. Sí, tan buenos...

GENERAL. Tan buenos, ¿y hay puntos suspensivos?

MARQUESA. ¡Ah! no, nada de eso, tio, tan buenos y tan fe... tan fe ..

GENERAL. Hija mia, empiezo á temerme que te falte de felicidad lo que te sobra de fé.

MARQUESA. (¡Ah! ¡cómo se me sube el corazon á los

labios!) ap. ¿Y cree V., tio, que es posible que exista la una sin la otra?

GENERAL. Vamos claros, señora marquesa, menos retóricas y mas espansion.

MARQUESA. ¡Espansion! y cómo no he de tenerla con V., con V., que en vista de las dificultades de mi boda, me cedió todo su patrimonio y me hizo tan rica como Javier; con V., que quedó por mí en tan modesta posicion.....

GENERAL. ¡Alto! ¡alto el fuego! Ya sabes, Carlota, que me tienes prometido no hablarme nunca de esa bagatela. Nada tienes que agradecerme; yo soy un Creso con mi paga, (cuando la cobro) ap., y con mis terrones de Santander.

Pero volvamos á tu asunto. ¿Cómo se porta Javier? ¿Cómo sigues cautivándole? ¿Cómo se cumple la ordenanza? (Viendo vacilante á la Marquesa.)

¿La ha quebrantado acaso, tu marido? ¿Callas y estás triste... ¿Si habré puesto el dedo en la llaga? ¡Rayos y bombas! yo te aseguro que si se ha casado con una mujer como tú para burlarse de ella...

MARQUESA. Querido tio, ¡por Dios!...

GENERAL. Yo le haré ver...

MARQUESA. Pero escúcheme V. un momento. Está usted atacando un castillo de naipes.

GENERAL. ¡De naipes! Pues te aseguro que no encontré ninguno de esa clase en la guerra de los siete años.

MARQUESA. Me ha pedido V. una esplicacion y voy á dársela. Me ha preguntado V. si soy feliz.

GENERAL. Y yo ya he contestado á esta pregunta diciendo para mis adentros. *No lo es.*

MARQUESA. Pues bien, no lo soy.

GENERAL. ¡Ah!!... ¿y lo del castillo de naipes?

MARQUESA. Aun no acabé. No soy feliz... y lo soy...

GENERAL. Carlota, me desesperas.

MARQUESA. Pero, tio...

GENERAL. Pero, sobrina.

MARQUESA. Pero...

GENERAL. ¡Manzana! y manzana de discordia parece nuestra mútua impaciencia. Nada, hija, enarbolo bandera de parlamento. Ya me tienes sentado, callado y dispuesto á oirte.

MARQUESA. Gracias, tio, me esplicaré. Nada hay de lo que ha imaginado V. en su vehemente cariño. Yo quiero á Javier.

GENERAL. ¿Y Javier te quiere?

MARQUESA. ¿Porqué no ha de quererme? (¡Ay de mí! eso me pregunto yo!) ap.

¿Pero no vé V. que aun así no puedo ser feliz? ¿No recuerda V. cómo quedamos la última vez que estuvo V. con nosotros? Pues bien, mi hija, mi única hija moria pocos dias despues de su marcha. ¡Ah! no puede V. adivinar la eterna huella que dejan estos dolores en el corazon de una madre, ni cuán frio queda el doméstico hogar al subir al cielo, despues de haberlo iluminado con su sonrisa, un hijo de nuestras entrañas!! ¿Comprende usted ahora por qué no puedo ser feliz.....?

GENERAL. ¡Ah! Carlota mia, lo que yo comprendo es que debiera haberte evitado esta esplicacion, es que me ha cegado mi cariño, es que soy un bárbaro, en una palabra.

MARQUESA. Por Dios, tio, me he puesto triste y me va V. á hacer reir. Nunca pasaré por lo de bárbaro; (Sonriendo.) pero vaya, confiese usted que ya empezaba á tocar algo el violon.

GENERAL. ¡Protesto! no conocemos ese instrumento en las músicas militares.

Pero de todos modos, ¡bendito sea Dios! No sabes tú, hija mia, ¡qué peso me has quitado de encima...!

ESCENA V.

DICHOS, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Peso, ¿ha venido V. cargado con el equipaje?

GENERAL. ¡Javier del alma! tan jovial como siempre. (Se abrazan.)

MARQUÉS. ¿Qué tal, mi querido tio? A ver... déme V. otro abrazo.

GENERAL. Y otro... y van tres. Así salimos á abrazo por año desde que no nos hemos visto.

Y qué ganas tenia de ello, sobrinos mios; pero ya conoceis mi carácter y mis costumbres, y solo he venido para pasar unos dias á vuestro lado, y volverme en seguida á mi destierro.

MARQUESA. ¿Unos dias nada más?

GENERAL. ¿Qué quereis que os diga? en este Madrid no estoy á mis anchas, *à mon aise,* como diríais vosotros, no sé por qué.

MARQUÉS. Qué hacerle, tio; ya sabe V. que pasaron los siglos en que España era imitada, y ahora nos toca ser imitadores.

GENERAL. ¡Ay! ¡si nos ciñéramos solo á imitar el lenguaje! pero imitamos tambien las aberraciones, y en ese delirio sin término, ensayando un dia la civilizacion francesa y otro la americana, es lógico que esto acabe con un ensayo de la civilizacion de Africa.

Pero, en cambio, me consuelo al ver que en esta casa sigue siempre la misma forma de gobierno y la misma soberana.

MARQUÉS. (¡Ah! pobre tio, ¡qué diria si supiese que yo he puesto ya en planta la República, que digo la República, la *Commune* matrimonial!) ap.

MARQUESA. Pues, nada, tio, queda pactado que durante un mes, será V. testigo de nuestra vida.

GENERAL. Sí, pero un mes... En fin, hágase vuestra voluntad. La ordenanza y las mujeres son en el mundo las dos únicas cosas ante las cuales he bajado siempre la cabeza.

MARQUESA. Gracias, gracias, querido tio.

MARQUÉS. Pero estamos entreteniendo á V. Vaya V. á desempolvarse, que ya tendremos tiempo de continuar estos coloquios.

MARQUESA. El cuarto *del tio*, como nosotros le llamamos, le espera á V...

GENERAL. Hasta despues. (Hace ademan de marcharse y vuelve.)

¡Ah! ya sabeis mi flaco. Puntualidad en la mesa, puntualidad militar.

MARQUÉS. Mi general, á la órden. (Imitando el saludo militar.)

(Vánse el general y la marquesa por el fondo.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

Pues señor, el prólogo de esta comedia inesperada ha terminado. ¡Gracias á Dios! (Respirando con desahogo.)

Y francamente, tal vez hubiera sido mejor decírselo todo al General. Pero ¿quién lleva el gato al agua? y con su geniazo.....

¡Nada! ¡me resigno! Durante un mes me toca vivir como el lego de los Magyares; solo que á mí en vez de perseguirme un sargento, me perseguirá un general apuntándome con su sempiterna ordenanza.

Y gracias en medio de todo, si esta noche me dejan visitar á la famosa bailarina. ¡Bai-

larina!. . Si mi mujer lo supiera, diria que voy descendiendo de rango; diria que estoy por los suelos. Y francamente, tendria razon, como que me gusta por *los bajos*.....

Pero mientras el general descansa, voy á ver por qué razon no he recibido ya el dichoso brazalete. (Vase por una puerta lateral.)

ESCENA VII.

EL GENERAL.

¡Javier!... (Llamando y dejando un estuche sobre el velador.)

Se habrá marchado á su cuarto. Ahora le le iré á buscar. .

No me cabe ninguna duda; se quieren, se quieren y me felicito cada vez mas de mi obra.

Ahora mismo, estando por ahí fuera para hacer entrar mi equipaje, he tropezado con un dependiente que tomándome sin duda por el viejo mayordomo de Javier, me ha entregado esa joya.

Una joya encargada por el marqués,... naturalmente solo puede estar destinada á la marquesa.

Pero ya caigo. Hoy es el aniversario de la boda de mis sobrinos y Javier quiere solemnizarlo. ¡Y yo que sospechaba de él!... ¡Ah! celebro doblemente mi llegada, pues ella me permitirá asistir á esta fiesta íntima.

Y á todo esto, yo no he inspeccionado todavía la alhaja. No será indiscrecion... ¿quién con mejor derecho que yo...? (Abre el estuche.) ¡Caramba! ¡qué magnífica combinacion de esmeraldas y brillantes! Pero no se merece menos ella. ¡Calle! aquí en el aro veo

una inscripcion. Será la dedicatoria á Carlota. (Leyendo.) «*Á la egregia bailarina*»... ¡Bombas y metralla! ¡Qué horrible burla!.... Pero no, ¡esto no puede ser!.. (Vuelve á mirar la joya.) ¡Ah! sí, ¡ya no es posible dudar! ¡Hace traicion á Carlota! Ahora comprendo las reticencias de esta. ¡Ah! marqués ¡eres un ilustre... pillo, como tantos otros!...

(Transicion).

Pero á mí con setenta años de mundo, ¿cómo pueden cogerme de nuevo tales cosas? Al fin y al cabo, todo esto tiene su lógica. ¡Cuánta valía se necesita para sustraerse al influjo de la sociedad en que se vive! Aquí, donde los gobiernos desde las columnas de la Gaceta, enseñan que no hay Dios; donde los mercachifles políticos enseñan que no hay honra, y donde las mujeres á la moda enseñan que no hay virtud... ¿qué puede suceder? Cuando se matan todas las creencias, por fuerza tienen que nacer todos los vicios. ¡Javier es hijo de su época! ¡Y á fé que es hijo preclaro! Esquivando á unas, adorando á otras y vendiéndolas á todas, Javier es el acabado modelo de un hombre *de mérito*. Pero ha equivocado el camino; Javier debia haber sido militar. ¡Qué gran carrera hubiera hecho desde *la Gloriosa* acá!!

De todos modos yo no puedo continuar en esta casa. ¡Oh! ¡y estoy seguro de que mi sobrina me seguirá!

¡Carlota! ¡Carlota! (Llamando.)

ESCENA VIII.

EL GENERAL, LA MARQUESA.

GENERAL. ¡Hija mia!

MARQUESA. ¡Esa cara! Me asusta V. ¿qué ocurre?

GENERAL. Ocurre lo que ya debes saber.

MARQUESA. ¿Yo? (¿Si se habrá enterado?) aparte.

GENERAL. Tu marido te engaña.

MARQUESA. ¡Tio!

GENERAL. Nada, basta de fingimientos. Yo te agradezco tu delicadeza, pero ya lo sé todo. Javier te engaña; mira esta joya que por equivocacion providencial acaba de llegar á mis manos y que tu marido destina á una de esas criaturas envilecidas y esplotadoras. (Enseñándole el brazalete.)

MARQUESA. (Despues de haber leido la inscripcion.) Esto más ¡Dios mio!

GENERAL. ¿Es decir, que no es cosa nueva?

MARQUESA. ¡Oh! ¡no tio, no; su vida es, hace tiempo, una série de liviandades... y la mia una série de martirios!

GENERAL. ¿Y cómo has podido sufrir y callar así?

MARQUESA. ¡Ah! ¡porque V. habia levantado el edificio de mi felicidad, y me faltaba valor para confesarle que ese edificio estaba destruido! Pero ahora que lo sabe V. todo, no puedo menos de decirle que no tengo ya fuerzas para continuar así...

GENERAL. Tu desgracia es la mia, y yo te inspiraré valor para luchar con ella. Ante tanta bajeza, no puede haber lágrimas; solo cabe el silencio y la separacion; pero una separacion definitiva é inmediata. No perdamos un momento; esta noche misma saldremos para Santander. Vé á prepararte; antes de una hora, volveré por tí.

MARQUESA. Tio, tio del alma, V. es el único sér que me queda en el mundo.

GENERAL. Y este, hija mia, no te faltará nunca... (hasta que se lo lleve un ataque de gota). aparte.

MARQUESA. ¡Pobre santuario de mis amores, tan unido á la historia de mi corazon! aquí he sido feliz con mi marido, aquí he recojido el último suspiro de mi hija... ¡Oh! ¡y partir, partir para siempre!... Pero no, no hay esperanza, el amor de mi marido ha muerto. Qué puedo hacer aquí, cuando ya no merezco ni el respeto debido á la mujer honrada... ¡Oh! sí, sí; ¡huyamos, huyamos para siempre de estos sitios! (Váse precipitadamente).

ESCENA IX.

EL GENERAL, Á POCO EL MARQUÉS.

GENERAL. ¡Pobre Carlota! ¡Tan buena y tan infeliz!... Por vida de... ¡pues no me dan ganas de llorar, aunque no lo permite la ordenanza! Pero ahí viene el nuevo D. Juan; tengamos calma. (Entra el marqués por una de las puertas laterales, con el sombrero puesto y el abrigo al brazo.

MARQUÉS. Aprovechemos el tiempo. (¡Uff qué cara tiene el general!) (Aparte, al reparar en el general).

GENERAL. ¡Señor Marqués!

MARQUÉS. (Me llama señor Marqués... ¿Si se habrá vuelto loco su Excelencia?) aparte.

GENERAL. ¿A qué no recuerda V. ya lo que pasó hoy hace seis años?

MARQUÉS. No... pues mire V... confieso que tengo una memoria fatal.

GENERAL. Y el corazon peor que la memoria.

MARQUÉS. ¿Eh?... (Deja el sombrero y el abrigo.)

GENERAL. Hoy hace seis años que llevó V. al altar á una pobre niña inocente, á una infeliz que fué bastante tonta para creer en sus juramentos. A estas horas estaba V. escuchando

la Epístola de San Pablo. ¿A qué tampoco se acuerda V. de la Epístola de San Pablo?

MARQUÉS. ¿La epístola?... (Decididamente le está pasando algo.) Aparte.

GENERAL. ¡La Epístola de San Pablo, señor marqués, es la ordenanza del matrimonio! Pero ahora veo que los maridos son como los soldados y que en todas partes triunfa la santa indisciplina!

MARQUÉS. (¡Demonio! ¿si le habrá contado mi mujer?) Aparte.

GENERAL. ¡Bombas y metralla! ¡Un marido que ha olvidado la fecha de su boda, que no se acuerda de la Epístola de San Pablo y que regala brazaletes á una egregia bailarina!!

MARQUÉS. (Por vida... ahora lo comprendo todo.) aparte. Yo le diré á V., querido tio... A veces las apariencias engañan...

GENERAL. Con que ¿las apariencias?

MARQUÉS. Figúrese V. que en el Real... estoy abonado con... con el vizconde de Fuentes..... con mi primo Álvaro,... con Rosaura... (no sé lo que me digo) aparte. En fin, estamos abonados varios amigos y como para uno de estos dias se prepara el beneficio de una célebre bailarina... es natural... hemos resuelto regalarle, por supuesto á escote, una muestra de admiracion... artística.

GENERAL. ¿De admiracion artística, eh? Pues sepa V. que estoy enterado de todo, que mi sobrina me lo ha confesado todo, y que si tuviera mi baston de mando, tal vez con él se lo romperia á V. todo.

MARQUÉS. ¡¡General!!

GENERAL. Afortunadamente con los años me he vuelto dulce y pacífico como un cordero.

MARQUÉS. (O como un toro.) Aparte.

GENERAL. Y me contento con llevarme á mi querida Carlota, dejándole á V. en completa libertad para regalar pruebas de admiracion... artística, á todas las bailarinas habidas y por haber.

MARQUÉS. Yo me avengo á todo lo que V. decida, pero antes le haré observar á V. que en nuestra sociedad no es raro vivir como nosotros vivimos, y sin embargo nadie llega por eso á una separacion ruidosa. Además ¡hay tantas causas que pueden disculpar al marido en estos casos!

GENERAL. ¿Causas? ¿Qué causas puede haber?

MARQUÈS. Las costumbres,... la indulgencia del mundo... y la política, en fin.

GENERAL. ¡La política! ¿Pues qué tiene que ver la política?

MARQUÉS. ¿Cómo quiere V. que viva encadenado á su mujer, un ciudadano que durante todo el dia no oye por esas calles otra cosa que el himno de Garibaldi y la Marsellesa?

GENERAL. Voto á... señor marqués, que si se ha propuesto V. burlarse de mí, durará poco la burla. Sepa V. que solo le he dado á mi sobrina el tiempo necesario para prepararse; que nos vamos dentro de poco, que hoy dormiremos en el wagon, y mañana en mi hacienda de Santander. Con que, abur.

ESCENA X.

EL MARQUÉS *luego* LA MARQUESA.

MARQUÉS. Pues la cosa vá de veras! ¡y tan de veras! ¡Pero habrá mayor desgracia que la mia! Yo que no estaba ya en el caso de esos maridos que no pueden recibir cartas por miedo

de que su mujer se las abra, y que para hacer un regalo á su costilla... número dos. . ó tres, tienen que ir de escondidas á casa del joyero; yo el hombre libre por escelencia, una vez que he querido tener un pecadillo oculto, se me ha descubierto y... pataplum! (Mirando hácia el interior).

¡Calle! ¡uno de los mundos de mi mujer! ¡Los acontecimientos se precipitan!

(Aparece la marquesa sin ser vista por el marqués.)

MARQUESA. ¡Recojamos el recuerdo de mi pobre hija! (dirigiéndose al armario).

(Al reparar en el marqués y deteniéndose.) (¡El aquí! Hubiera preferido partir sin volver á verle.) Aparte.

MARQUÉS. Hace un momento que acaba de salir de aquí su tio de V., diciendo que regresará en seguida... para llevársela á V.

MARQUESA. Lo sé.

MARQUÉS. Carlota, dígame V., con la mano puesta sobre el corazon, ¿está V. resuelta á partir, y á partir para siempre?

MARQUESA. Sí.

MARQUÉS. Y partirá V. llevando de mí los más tristes recuerdos, teniéndome por un miserable.

MARQUESA. ¡No! Simplemente le tengo á V. por... uno de tantos. A mí no me estraña su conducta de V.; al contrario, me la esplico muy bien, siempre que friamente me entrego á mis reflexiones. Usted ha creido que una mujer que tiene título, palacio y coches; y que no pasa apuros para pagar las cuentas de la modista, debe considerarse completamente feliz,... y que en dándole todo eso ya no puede quejarse. En ello piensa V. como casi todos los maridos de nuestra clase, y sin embargo, ¡cómo se equivocan Vdes! ¡Cuántas veces en

medio de nuestro lujo envidiamos á esas pobres mujeres del pueblo, que salen los domingos del brazo de su marido, en busca de un rayo de sol que las aliente en su vida de miserias! ¡Ay! nosotras no vemos brillar nunca un rayo de sol que alegre por un momento la cárcel en que se consumen nuestras almas!!

MARQUÉS. ¡Carlota!

MARQUESA. ¡Nuestra matrimonio dió el resultado que debia dar. Yo me casé con mi fé en Dios; V. con su fé en el mundo; yo creyendo en el amor; V. creyendo en el placer!...

...Esta tarde misma me decia V. que en las luchas que se entablan en el corazon de un marido libertino, siempre acaba por salir triunfante la mujer propia. Mas ¡ay! si la lucha se prolonga... ¿qué importa que al fin ella triunfe, si el dia de la victoria la sorprende con el alma desierta, sin una pobre ilusion, sin una mezquina esperanza! ¿Qué importa que se le ofrezca el amor cuando no ansía más que la calma? ¿Qué importa que se le brinde con la vida cuando ya se ha conformado con la muerte?

...¡Por todo esto le confieso á V. que hoy parto de aquí, resignada, muy resignada, casi contenta; porque sé que léjos de Madrid, al lado de mi segundo padre, es únicamente donde puedo encontrar la paz, el olvido, mi rayo de sol, en fin!!

MARQUÉS. ¡Su rayo de sol!!

MARQUESA. He aquí lo que Vdes. no anhelan, lo que Vdes. no buscan, lo que Vdes no necesitan. Acostumbrados á esa atmósfera artificial, á vivir de noche, á no respirar más que rodeados de candelabros de gas ¿qué les importa

á Vdes. ese modesto rayo de luz que viene del cielo!!

MARQUÉS. Carlota, no sé si me doy cuenta de la trascendencia de mis faltas; pero sea cual sea su gravedad, le suplico á V. que me perdone.

MARQUESA. Le perdono á V., pero parto. Sí, parto y solo un milagro de Dios me podria detener. (Dirijese hácia el armario).

MARQUÉS. Tiene V. razon, sí, tiene V. razon...
(La Marquesa saca del armario un vestidito de niña, permanece con el vestido en la mano y esclama con profundo sentimiento).

MARQUESA. ¡Dios mio!!

MARQUÉS. ¡Ah!.. El vestido de nuestra pobre Javierita. (Al reparar en el vestido.)

MARQUESA. ¡Solo lo llevó una vez!... ¡Ay! Hace tres años; se acercaba el aniversario de nuestra boda y yo no encontré mejor modo de celebrarlo que bordando un vestido para mi pobre niña.

MARQUÉS. ¡Ah! yo la veia á V. pasar las veladas encorvada junto á ese lindo trajecito, y entonces bendecia á Dios por haberme dado una esposa como V. y una hija como ella!

MARQUESA. ¡Pobre ángel mio!...

MARQUÉS. Hoy hace tres años que lo estrenó. Salimos no en carretela, no á la Fuente Castellana, sino á pié y por sitios solitarios. ¡Ella corria entreteniéndose en arrancar las últimas florecillas del Otoño, mientras nosotros dos la seguiamos cogidos del brazo y hablando de nuestro amor y de nuestra felicidad!!

MARQUESA. ¡Pocos dias despues, la pobre niña, consumida por la calentura, oprimia mi mano con sus abrasadas manecitas, y fijaba en mí con tristeza sus últimas miradas, como si presin-

tiera que despues de verla desaparecer, perderia yo, con ella, todo, todo lo que me quedaba en el mundo!...

¡Ay! ¡hasta entonces habiamos seguido el camino de la vida apoyándonos uno en otro, compartiendo todas nuestras penas y todas nuestras alegrías!..:

MARQUÉS. ¡Y cuando mas necesidad teniamos de seguir unidos, yo infame y corrompido busqué en los placeres el olvido y la paz que solo podia encontrar en tu cariño y en tus virtudes! ¡Ah! ¡Carlota! ¡Carlota! (Inmenso sentimiento). ¡En estos supremos instantes, el miserable libertino cae de rodillas arrepentido para no perder á la santa esposa despues de haber perdido á la hija inocente; y pide á Dios sollozando que no niegue á su alma en tinieblas el rayo de sol que envia á todos los que le invocan!...

MARQUESA. ¡Ah! Javier mio! (Echándose en los brázos del Marquès). Bendita sea la misericordia de Dios!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos EL GENERAL.

GENERAL. (Desde el fondo al verlos abrazados). ¡Bombas y metralla! ¿Es que te has vuelto loca, sobrina, ó que yo estoy en Babia? Esta chica hace como el gobierno; cuando tiene que zurrar, abraza!

MARQUESA. Y V. le abrazará tambien, querido tio. ¡Ay, yo le pedia á Dios un milagro, y lo ha hecho por medio de un ángel!

MARQUÉS. ¡Carlota mia! desde hoy este vestidito en el cual se encerró la mayor de nuestras di-

chas, será más sagrado aún, porque á él le deberemos mi arrepentimiento...

MARQUESA. Y mi felicidad.

GENERAL. ¡Ah comprendo, lo comprendo todo! Por vida de. . ¡sobrino de mis pecados! abrázame y aprieta sin miedo.

Ahora, hijos mios, á vivir en paz y en gracia de Dios. Yo me vuelvo á mis montañas dentro de algunos dias, contando que me avisareis cuando llegue el caso de bordar otro vestidito .. Pero mira, Carlota, por lo que pudiera suceder, no permitas que siga abonado al teatro Real y... ¡acuérdate de la ordenanza!...

MARQUESA. Querido tio, ya no temo nada para el porvenir, porque debemos nuestra dicha á un rayo de sol, y los rayos de sol, ya lo sabe V., ¡siempre vienen de allí! (Señalando al Cielo).

FIN.

Precio: 4 reales.